

ATENEEO BARCELONÉS

# LA HISTORIA EN CRITICO PROCESO DE REVISION

Discurso pronunciado el día 14 de diciembre de 1954, en el  
acto académico de inauguración del Curso, por el Presidente  
Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ



Curso de 1954-1955

Ateneo Barcelonés  
BIBLIOTECA

N.º 72510

Arm. 215

Est. V

OL(04) GUR (8)

MINISTERIO  
DE CULTURA



**LA HISTORIA EN CRITICO PROCESO  
DE REVISION**



MINISTERIO  
DE CULTURA



ATENEEO BARCELONÉS

# LA HISTORIA EN CRITICO PROCESO DE REVISION

Discurso pronunciado el día 14 de diciembre de 1954, en el  
acto académico de inauguración del Curso, por el Presidente  
Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBI



Curso de 1954-1955

MINISTERIO  
DE CULTURA



R. 72510

Señor Ministro, Autoridades y Dignidades, señoras y señores:

Creo obligado preceder esta conferencia de unas cuantas palabras por dos motivos; el primero porque cuando recibimos una atención, se nos dispensa una muestra de afecto, nuestro ánimo se mueve a la gratitud, pero si sabemos que esta demostración de deferencia y estimación ha costado un esfuerzo, un sacrificio, nuestro agradecimiento sube de punto. Digo esto en razón de que la presencia del Ministro señor Arias Salgado es siempre muy grata a esta Casa y es altamente estimada, pues la consideramos un honor, nos da la satisfacción de su trato personal y además, pensando un poco egoísticamente, nos parece que ratifica la confianza que tiene en nosotros para seguir dispensándonos ese apoyo moral y material que con tanta esplendidez nos otorga el Ministerio de Información y Turismo. Si siempre agradecemos, pues, la presencia del Ministro, ¿qué no será ahora que sabemos que para presidirnos ha dislocado su programa, retrasa el regreso a Madrid, tendrá que hacerlo en las primeras horas del alba de mañana, lo cual significa que las restará a un descanso que tiene bien ganado por el ajetreo de estos días y habrá de reanudar en seguida sin solución de continuidad sus trabajos en la vida madrileña? Yo por esto, señor Ministro, le expreso con todo el afecto personal y creo que en este caso representando también con la misma efusión el sentir de la Junta Directiva del Ateneo, nuestra gratitud. Gracias también a nuestras Autoridades, tan estimadas en esta Casa y tan vinculadas con afectos personales conmigo, y gracias a vosotros, este gran público, que a fin de cuentas sois el espíritu de este acto, porque bien podemos decir que la fiesta se hace para vosotros.

El otro motivo es que me veo en la necesidad de enmarcar esta conferencia para recabar de vosotros la más benévola atención, que si en toda ocasión la necesito, hoy creo que más la habré de menester, porque para que este acto tuviese la prestancia que le da la presencia del Ministro se ha adelantado dos fechas, y yo, hombre muy metódico en medir el tiempo, según mis quehaceres y obligaciones, había calculado que mi compromiso de pronunciar este discurso había tener lugar el jueves próximo. Quizá me harán

falta estas dos fechas para haber podido perfilar esta oración tal como debe ser para responder a la expectación vuestra, a la altura intelectual de este público ateneísta tan distinguido.

La miseria  
intelectual  
de nuestro  
tiempo

Este discurso es el tercero de los que me habrá correspondido pronunciar como presidente del Ateneo en esta solemnidad de inauguración de curso. Estos tres discursos, aunque con títulos naturalmente diferentes, forman un todo. Son cada uno de ellos un aspecto, una faceta en la consideración de un gran problema, el de la miseria intelectual de nuestro tiempo; *miseria intelectual de nuestro tiempo*. Lo recalco, porque podrá parecer sorprendente y hasta un contrasentido, que se hable de miseria intelectual precisamente en una época en que la inteligencia humana ha dado tantos y tan óptimos frutos, en que parece que el pensamiento humano no tiene fronteras ni límites para sus audacias: la Mecánica ha resuelto problemas maravillosos, estamos en los umbrales de la Física nuclear con unas perspectivas ilimitadas, la Química, la Medicina, la Biología, han realizado avances considerables; se publican montañas de libros, y aparecen regularmente decenas de millares de revistas técnicas y no técnicas. Ante tanto alarde de producción intelectual, de riqueza intelectual, ¿cómo se me ocurre hablar de miseria en este respecto?

La miseria es un concepto estrictamente económico, que significa que no podemos satisfacer las necesidades más apremiantes y fundamentales, lo cual puede ser debido o a falta de riqueza, esto es, de los medios para satisfacer estas necesidades, o a que no sabemos o no queremos utilizarlos. Así, hay miseria positiva en el orden económico porque nos faltan elementos de riqueza; pero también el avaro, rodeado de riquezas, vive en miseria. Cuando una ciudad está sitiada por un largo bloqueo, se puede tener una riqueza en las formas más ostentosas: abundancia de oro, colecciones artísticas, pinturas, esculturas, porcelanas, alhajas, y sin embargo, con todo esto tal vez no puede pagarse el precio de una rata que se necesita para la alimentación; luego, se vive en miseria. Hay, pues, en el concepto de miseria un sentido más hondo que la aparente de carencia de medios; también lo es no saber o no poder dar *utilidad* a las cosas que han de satisfacer nuestras necesidades.

Este es el concepto en que hablo de miseria intelectual, porque en medio de riquezas abundantísimas intelectuales, no podemos satisfacer la necesidad más fundamental de nuestra existencia, que es que los pueblos y los individuos vivamos en paz, en sosiego, que sintamos la pura alegría de vivir, que tengamos una felicidad auténtica.

De procurarnos esta felicidad y esta alegría de vivir han de

cuidar las ciencias morales y políticas; pues bien, en las ciencias morales y políticas, la humanidad anda a través de una densa niebla de incertidumbre, de vacilaciones y tanteos. Vivimos en un momento en que el pensamiento se confunde entre las ciencias exactas y las simplemente conjeturales. Las guerras de nuestro siglo han destruído riquezas materiales inmensas y aun hoy muchas ciudades viven entre escombros; pero es muchísimo peor que hayan destruído muchos ideales, muchos sentimientos y afecciones sociales, también importantes instituciones y por ello los pueblos, toda la humanidad, vive entre escombros intelectuales y morales. Con razón, desde esta misma tribuna, Corts Grau sentenciaba en el curso pasado que es mucho más grave la desintegración de los espíritus que las consecuencias de la desintegración de la materia por el átomo.

No hace falta ser un observador profundo ni un psicólogo experimentado para darnos cuenta de esta triste realidad: todos y todo nos movemos en la inseguridad, en el caos, en la confusión; estamos en una desazón continua, vivimos realmente amargados, y esta amargura es causa de un descontento general que explica muchas cosas, tales como los movimientos espasmódicos de la masa, de la opinión pública, que cambia las formas de gobierno sin saber porque, que derriba súbitamente los regímenes políticos, aun los mejor intencionados, hace fracasar todos los sistemas filosóficos, y es causa de que hasta las ideas más nobles, las que fueron concebidas con una mayor elevación de miras, después, en la práctica, se deformen, se envilecen y se prostituyen. Ved sino, cómo aquel socialismo romántico, sentimental, utópico, inicial, y aquel otro socialismo científico o de cátedra asentado sobre fundamentos lógicos, basado en una estructura substancialmente humana, cuando se han traducido en hechos, no han dado más que la realidad de este socialismo hoy extendido por todo el mundo, que es un socialismo áspero, despechado, rencoroso, con máximas violencias y con notoria injusticia.

La situación del mundo es tal, que nadie puede cerrar los ojos a esta evidencia y ningún pueblo escapa a esta condición de miseria intelectual, pues es el fracaso de los intelectuales para darnos solución a nuestros acuciantes problemas. En el discurso, tan sólidamente construído por nuestro Ministro y pronunciado el domingo en el Salón de Ciento de la Ciudad, recuerdo que en su segunda parte, a grandes rasgos, con unas vigorosas pinceladas, de un impresionismo realmente impresionante (valga la redundancia) describió todos los aspectos de este estado crítico de nuestros días y advertía, muy prudentemente, que no nos hagamos excesivas ilusiones porque nuestro país sea un oasis en medio de la confusión general, pues no hemos de olvidar que hay zonas de indiferencia,

zonas de incomprensión, y que cuando el peligro amenaza el mundo, se cierne para todos, de modo que hemos de vivir prevenidos. Cuando Su Santidad el Papa, por cuya preciada salud hacemos sinceros votos, proclamaba la realeza de la Virgen el día 1.º de noviembre, decía, con la autoridad que le da su enorme sabiduría y la inspiración de su palabra que proviene del Espíritu Santo, que las fuerzas del mal están desbordadas por el mundo. Con esto significaba el mismo concepto de que todos vivimos en el desorden, nos debatimos en la confusión.

Pensad si alguien, allá por el año 1913, es decir, antes de la primera gran guerra, se hubiese atrevido a pronosticar sólo una mínima parte de los gravísimos sucesos que han ocurrido después. O lo hubiéramos tenido por loco, o lo hubiéramos tildado de pesimista y derrotista impenitente, y sin embargo ha ocurrido muchísimo más y peor. Es hora, por tanto, y ninguna tribuna más adecuada para ello que ésta, que hagamos resaltar que vivimos también momentos críticos, que los horizontes están cerrados y puede pasar en el futuro mucho más que todo lo que ahora podamos prever. Que no se nos diga, porque ahora nos mostremos un tanto pesimistas en nuestras apreciaciones, que somos derrotistas. Si los peligros se advierten a tiempo, pueden ser evitados. Porque éste es un tema capital, que obedece a una preocupación fundamental, y lo hice materia de la primera de mis citadas conferencias refiriéndome a la crisis de la intelectualidad ante los problemas contemporáneos. En la segunda hablé de la angustia como un estado universal consecuencia de aquella incapacidad y de sus derivaciones filosóficas. Ahora es ya el momento de que entremos a considerar dónde están los fenómenos concretos determinantes de esa incapacidad de los intelectuales.

Algo ocurre  
en las fuentes  
que alimentan  
la cultura

Cuando las corrientes de agua no llegan a los embalses donde se la acumula para que produzca energía o para que fertilicen los campos o abastezcan las ciudades, hemos de pensar que en alguna parte ha habido una desviación, un atasco o lo que es peor, que se han secado algunas de estas fuentes. Cuando a los embalses de la cultura no llegan las corrientes de la inteligencia que han de dar la energía del pensamiento, han de fertilizar las ideas, o han de satisfacer la sed de los pueblos, en ansia de saber y de bienestar, hay que pensar en que las fuentes también se han desviado, hay un atasco o alguna de ellas puede que se haya secado. Este es el motivo central de esta conferencia.

Las fuentes que alimentan la cultura e impulsan su desarrollo son muchas y variadas; las hay de caño grueso, otras estrecho, de diámetro reducido; unas fluyen directamente, las otras van por senderos tortuosos. Sería tarea inútil por lo prolija abordar el co-

nocimiento de todas, pero podemos segregar unas de las principales y a mi modo de ver se pueden enumerar por este orden: Primero, la Historia, de la que me voy a ocupar hoy; después la Pedagogía, el arte y la ciencia de educar, porque se trata de moldear las generaciones presentes, adaptarlas a las circunstancias, las libera un poco del peso, del lastre de la tradición, las predispone para los avances futuros. Sigue la Filosofía, que nos ha de dar respuesta a muchos problemas fundamentales que se plantean a nuestro pensamiento; nos ha de explicar la razón de nuestras facultades y el uso individual y colectivo que hacemos de ellas. Y como la vida humana no es solamente razón y reflexión, sino que es también emoción y sentimiento, fuentes de cultura son también las Bellas Artes y la Literatura. Las artes plásticas despiertan en nosotros la emoción de lo bello a través de los sentidos; la Literatura produce la emoción a través del pensamiento, de la inteligencia, lo hace por descripción.

Cada uno de estos motivos, la Historia, la Pedagogía, la Filosofía, las Bellas Artes, la Literatura, han de ser objeto de una conferencia especial para cada enunciado. Hoy me ocuparé solamente de la Historia y ello dará a ustedes la tónica de los discursos que podrían agruparse bajo una denominación común y decir que marchamos a tientas por los caminos de la civilización. Vamos pues a hablar de la Historia.

La Historia es el primer camino o conducto por donde fluye el conocimiento para la cultura y para el desarrollo de la misma. La Historia es el primero, porque es el antecedente. Cuando vamos a una consulta médica a exponer nuestro caso de una dolencia, el médico avisado nos pregunta por nuestros padres, por nuestros abuelos, qué temperamento tenían, qué contextura, la profesión que ejercieron, cuántas y qué clase de enfermedades sufrieron, de qué mal murieron, etc., etc. Es un antecedente obligado que orienta mucho para saber la causa de nuestra enfermedad y hasta para indicar el modo cómo debe tratarla. A los pueblos, a las colectividades les ocurre lo mismo. Para las enfermedades colectivas hay también su terapéutica y conviene conocer los antecedentes, interesa saber cuántos de los males presentes vienen por derivación de males antiguos, proceden de nuestros antepasados. La Historia en realidad, debe ser la explicación biológica de la formación de las comunidades humanas, de los pueblos; la Historia es el *antecedente*, porque cada generación es el resultado de la precedente y esto es indispensable para saber cómo somos y porqué somos así. Conviene saber, además, como fueron nuestros antepasados, para imitarles en sus aciertos y corregirles en sus errores.

No podemos tener la pretensión de que nos encontramos ante

Exaltación  
del valor  
de la Historia  
y dudas sobre  
su significación  
real

un hecho nuevo, ante una idea nueva, ante una nueva institución, sin haberlo antes sometido a la confrontación histórica. Sólo ante el vacío, ante el silencio de la Historia podemos decir que estamos ante un hecho nuevo y entonces el hombre inicia y desenvuelve su razonamiento sobre la base de la auténtica novedad. Si hay algún antecedente, lo prudente es examinarlo, conocerlo, ver cómo se produjo, qué causas lo determinaron, las circunstancias que pudieron modificarlo, los efectos que resultaron, para que nos sirva de *experiencia*. Y porque la Historia es esto, decimos con frase vulgar: que la Historia es la maestra de la vida. Por lo mismo también se afirma que la Historia es a las disciplinas de orden moral y social lo que el experimento es para las de orden físico.

Si la Historia es el antecedente y la experiencia y si tenemos en cuenta el postulado hegeliano de que en la naturaleza todo es historia, porque el mundo no es, sino que constantemente está en trance de llegar a ser, nos explicamos porque los estudios de historia atraen cada vez más la atención de investigadores, de estudiosos y de los lectores. La Historia está de moda. Se multiplican sus cátedras y se especializan; no hay rama de saber que no tenga como asignatura obligada su historia; en las ciencias jurídicas, la Historia del Derecho, en las mercantiles la Historia del Comercio, en las Escuelas Normales la Historia de la Pedagogía, en las Facultades médicas la Historia de la Medicina, y así sucesivamente. Se instituyen laboratorios de investigación bien dotados y con todo esto los historiadores pueden hoy presumir de estar situados en plano preferente de las categorías del saber. Decir que se es investigador histórico despierta una cierta admiración respetuosa.

Sin embargo yo vengo aquí precisamente para exponer unas dudas sobre si no exageramos en cuanto al valor que atribuimos a la Historia y resulta un poco excesiva la importancia que damos a los historiadores. Desde luego, que desde un punto de vista teórico ni yo ni nadie se atrevería a negar estas dos verdades: Que la Historia es antecedente y es experiencia. Pero, yo pregunto: ¿Cuándo vamos al orden de las realidades, de los hechos, hemos de creer que la llamada verdad histórica, es tan verdad para que podamos afirmar que los antecedentes son fidedignos y que las experiencias son auténticas, porque unas y otras correspondan a las realidades anteriores? Esta es la duda.

Hoy hay una verdadera eclosión de ciencia histórica en todos los países civilizados y el nuestro no es una excepción. Descontemos de ello una parte que es mero diletantismo y superficialidad; pero fijándonos en la parte más fundamental y más seria, en la de los investigadores, observamos que éstos se embriagan en la investigación por la investigación misma, se rinden al culto de la historia por la historia, es decir, acusan la tendencia que Simiant ad-

vierte en la Historia de “devenir historisante” o sea la Historia para hacerse puramente historiadora. Esa Historia puramente historiadora ha producido magníficas exposiciones, brillantes controversias, pero huecas, sin valor práctico alguno. Nada pueden esperar los sociólogos, los economistas, los filósofos de los materiales que busquen en esta Historia, en la que lo anecdótico predomina abiertamente sobre lo conceptual, que descuida bastante los hechos sociológicos y los económicos, que al fin y al cabo son los que dan la médula de la sociedad, y que hace que podamos decir de los historiadores, que son grandes eruditos, pero los pueblos y las circunstancias lo que reclaman son hombres de acción.

La Historia real no es más que una: Los hechos son como se produjeron, los hombres como fueron, sus actos son tal como los realizaron. Bien, pero esto no se puede aprehender como se impresiona una placa fotográfica; es el hombre, el historiador, el que toma aquellos hechos, personajes y actos, para describirlos y explicarlos. Entonces la Historia no es ya una reproducción exacta, es siempre una interpretación y por esto se observa que hay tantas historias como historiadores originales. Como asimismo se comprueba que los propios historiadores están en desacuerdo completo sobre muchos hechos; por ejemplo, si tal o cual acontecimiento fué determinante de unos resultados o circunstancias, y lo peor es que algunas veces se pone en duda la existencia misma de los hechos y la realidad de los personajes. Cuantas veces nos ha ocurrido que habiendo creído que un hecho había sido auténtico, resulta que ahora nos dicen que era pura leyenda. Hemos estado interesados en la vida de un personaje histórico y luego nos afirman que era un mito. Por igual razón, circunstancias que hasta ahora habíamos tenido como ciertas, se dejan de lado despreocupadamente y cuando se trata sobre todo de penetrar en la vida de los monarcas o de los grandes personajes que han figurado en el escenario de la historia, surgen las opiniones más dispares. Al ponerse de moda este género literario de la “biografía histórica”, el mercado se ha inundado de libros en los que sobre un mismo personaje se han expuesto las opiniones más encontradas. El historiador literato pone en la parte de novela, de imaginación, que siempre ha estado presente en la historia, su mayor esfuerzo y lo que ha de ser riguroso análisis reflexivo, inducción lógica, psicología experimental, queda por completo descuidado.

Resulta, pues que frente a tantos textos diferentes y tantos libros de historia variados y controvertidos, nos hemos de preguntar dónde podremos hallar la verdad histórica. A esto se puede objetar aclarando que los historiadores escriben sobre la base de los testimonios que han dejado los que fueron testigos presenciales de

La Historia  
es siempre  
una forma de  
interpretación

los acontecimientos y estos testimonios están en los documentos que se conservan en los archivos, en los libros que figuran en las bibliotecas públicas y privadas, así como en otras pruebas documentales. ¿Qué motivo hay, pues, para poner en duda el valor de veracidad de todas estas pruebas documentales? Sin embargo yo diré que los historiadores meramente historicistas, con este culto apasionado por el documento, dan una gran importancia a cualquier residuo. El fragmento de un documento, inexpresivo en sí, una epístola familiar intrascendente, sólo con que tenga una garantía de autenticidad de época remota, que cuenta por siglos, es ya un documento apreciado, algo que hay que conservar. Y si allí hay algún atisbo para creer que por tal documento o fragmento se puede llegar a esclarecer algún hecho, entonces se les atribuye un valor grande de hallazgo sensacional que hace que los historiadores se entusiasmen como si hubiesen dado con la piedra filosofal. Sin embargo, ésta no es la Historia auténtica. Con el culto al documento se hace una historia puramente superficial, que atiende a lo secundario, se queda en lo aparente y externo, pero no penetra lo que Roupnel llamaba los gestos musculares de la historia, los movimientos subterráneos y profundos que son las determinantes de las cambiantes históricas.

El documento es una cosa de alcance limitado, en sí mismo es estrechamente egocéntrico y además está influido siempre por las circunstancias o condiciones del ambiente en que el documento se produjo o en las que el documento se interpreta. Se pueden hacer a los documentos cuatro órdenes de observaciones: la primera sobre su autenticidad. La segunda en cuanto a la veracidad con que el documento refleja un estado real, de hecho, o las circunstancias. La tercera es una objeción puramente cuantitativa y de selección. Finalmente, la última en punto a la interpretación de los documentos.

En la primera, la autenticidad, podemos afirmar que la Historia está terriblemente interpolada de cartas y documentos falsos y es por tanto lamentable que sobre estas falsedades se hayan edificado los cimientos de muchas historias. Algunas de estas falsedades fueron descubiertas y produjeron oleadas de escándalo; por ejemplo, los que un día habían sido célebres manuscritos de Köninghofer, o los poemas Osiánicos de Macpherson. Por mucho tiempo se tuvieron por ciertas unas cartas atribuidas a María Antonieta, que por lo escabroso del tema y la licencia del lenguaje contribuyeron en mucho a la mala fama moral que se hizo a aquella desgraciada reina. Después se descubrió que eran una falsificación, una vil, pero habilísima falsificación hecha por un hombre de cierta categoría social; la había efectuado un diplomático,

Feuillet de Conches, personaje de vasta cultura, pero que se solazaba y se lucraba con las falsificaciones, porque había hecho también las de autógrafos de La Fontaine, de Racine y otros. Porque algunas falsificaciones fueron descubiertas se puede pensar con un cierto optimismo que los documentos falsos no llegan a constituir una grave enfermedad en la Historia, no son, como puede creerse, un verdadero cáncer para la verdad histórica, puesto que se descubren, se produce el escándalo y se rectifican. Yo creo que en este delito intelectual de la falsificación histórica, ocurre lo que en los delitos comunes, que aunque para ellos hay una policía, detectives, jueces, tribunales, cárceles y patíbulos para sancionarlos, un número incalculable de ellos quedan impunes, y cuántas sentencias y fallos injustos se habrán dado en el largo proceso de vida de los pueblos. ¿Qué ocurrirá cuando se trata de un delito en el cual no hay organización policíaca, ni sanciones tan duras como para los delitos comunes? Hemos de pensar que queda siempre amplio margen para incitar a la falsificación, cuando ésta pueda ser lucrativa. Este es el primer obstáculo, la primera reserva que hay que formular cuando se trate de los documentos.

La segunda objeción es ésta: admitido que el documento tiene una autenticidad indiscutible, ¿qué razones hay para pensar que en su descripción refleja exactamente los hechos tal como se produjeron? ¿O que nos retratan a un personaje exactamente como fué? ¿O definen los actos de este personaje en su verdadera significación y alcance? Aquel archivero de una de las novelas de Anatole France, cuando hablaba de la verdad histórica decía que sólo se puede estar seguro de poseerla cuando no hay más que un testigo, porque si hay dos o más se contradicen. Yo creo que no hay razón tampoco para creer que un solo testigo ha podido captar la verdad estricta, ver bien un suceso y lo puede reflejar con rigurosa exactitud. Tomemos, para comprender esto, la prueba documental más mecánica y elemental y que puede ser considerada como la más auténtica: la fotografía. Supongamos que distintos fotógrafos van a hacer una fotografía de un monumento. Cada uno de ellos, naturalmente, se coloca en plano distinto, se sitúan en posiciones diferentes; cada uno toma la vista desde su ángulo y además con perspectivas de altura distinta. Saldrán unas fotografías completamente diferentes, por las sombras, porque en una posición destacará más la fachada principal, en otra asomará una de los laterales; en una cobran todo relieve unas figuras o adornos que en otras quedan oscurecidos. Dependerán, además, en mucho los resultados de la calidad de los objetivos de las máquinas y también de la pericia del fotógrafo. Vemos, pues, que es una simple operación mecánica de reproducir un objeto en una serie de

La fidelidad  
de expresión  
en los  
documentos

fotografías, cada una de ellas da un valor distinto a la expresión de una misma cosa, que está fija, que es un edificio, un monumento. ¿Qué ocurrirá cuando se trata de impresionar actos, caracteres, conductas y el objetivo que las toma es la inteligencia del hombre, que se mueve con arreglo a sus pasiones, a sus prejuicios, a sus intereses? Entonces se produce necesariamente una disparidad de resultados. En el "Homme Vierge" de Marcel Prévost, son tres los personajes que describen su intervención en un mismo drama y la interpretación que dan estos personajes a su intervención es completamente diferente. ¿Por qué? Porque en cada uno de ellos el instinto de defensa de la personalidad le lleva a desfigurar la imagen. En cada uno de ellos, grita vigorosamente su "yo" para defenderse y protegerse. Luego, ¿en cuál de estos relatos estará la verdad? Probablemente en ninguno. Con razón, François Delaisi, decía que es sumamente comprometido intentar hacer la historia del momento presente. Millares y millares de hombres presenciemos los acontecimientos. ¡Ah!, pero cada uno de nosotros lo ha visto de manera diferente. Si estos testimonios los escribimos, éstas serán las pruebas documentales del mañana. ¿Con qué garantía de exactitud y veracidad? Pues, exactamente, no lo sabemos.

Lo que ignoramos sobre los hechos actuales en nuestro tiempo

En nuestro tiempo han ocurrido numerosos hechos trascendentales. ¿Cuántos de estos hechos ignoramos? Por ejemplo. ¿Sabemos exactamente cómo fué sacrificada la familia imperial rusa? No. ¿Sabemos algo concreto de la desaparición de Hitler? No. Lo cual no es obstáculo para que un buen día salga un escritor, que se dirá testigo presencial, y publicará sobre cualquiera de estos temas un libro que tendrá un gran éxito editorial. Ese libro será el único documento que a través de los años y de los siglos podrá ser tenido por una prueba documental. Sin embargo, carece de todas las garantías de autenticidad. ¿Qué garantías de exactitud podrán tener en el futuro los millones de documentos que podrán encontrar las generaciones venideras en los países situados detrás del telón de acero? Muchos de estos documentos tienen incluso la garantía de ser datos estadísticos, son cifras, que nos impresionan por aquello de que "las cifras no mienten" y sin embargo, están muy lejos de la verdad. Lo que más mienten hoy son, precisamente, las cifras de las estadísticas y los rusos ya sabemos cómo las hacen. ¿Qué valor de utilidad podrá tener, pues, esta prueba documental?

Sabemos exactamente que la primera guerra mundial, la de 1914-1918, fué provocada por el atentado de Sarajevo y que la segunda lo fué por la disputa del pasillo de Dantzig. Sabemos que el Japón para entrar en guerra cometió la vileza de Pearl Harbour. Estos son hechos históricos, conocidos, indudables; pero, sólo son su manifestación externa. Todos estos acontecimientos fueron he-

chos fortuitos, accidentales, producidos inesperadamente; cada uno de ellos era producto de una elaboración lenta, de aquello a que me refería antes, que se fragua en caminos subterráneos, profundos. Una cosa es la explosión de los hechos y la materialidad de la agresión y otra las causas y la inducción, que son las determinantes de la Historia, y el historiador no alcanza a penetrarlas.

La eventualidad en el valor de la Historia documental

Admitamos, y pasamos con ello al tercer orden de objeciones, que reuniendo todas aquellas fotografías (valiéndome del símil que he utilizado antes) podemos componer un conjunto, es decir con todas ellas podemos formar una idea. Yo lo dificulto; pero en fin, ¿y si alguna de esas fotografías han desaparecido? Porque los incendios, los pillajes y saqueos con las guerras y las revoluciones, los terremotos, las inundaciones y sobre todo la incuria de los hombres, hacen desaparecer y han desaparecido infinidad de documentos. ¿Cuáles son las que quedan? ¿Los buenos o los malos? ¿Es lógico suponer que puede darse el designio providencial de que se han mantenido en la misma proporción los buenos que los malos? No, la historia documental es siempre una eventualidad, porque se operan selecciones caprichosas de esos documentos debidas a causas imprevistas, a causas accidentales, y que son selecciones irrazonables.

Finalmente, lo más importante es que aunque tengamos un documento auténtico y fidedigno, un documento que no nos suscita reservas en cuanto a su origen y a que refleje exactamente lo que ocurrió, está en nuestras manos para descifrarlo e interpretarlo. La interpretación histórica de un documento no es descifrar gramaticalmente un texto, porque en los actos lo importante no es el acto en sí, sino la intención con que se hizo, el propósito que lo animó. Por ejemplo, Empedocle, se dice, descendió a las profundidades del Etna. Esto es un hecho histórico que en sí nada expresa, pues lo importante es saber porqué lo hizo, el móvil. ¿Lo hizo porque creía arrancar a la naturaleza un secreto que tenía angustiados a sus conciudadanos? Entonces fué un héroe, un hombre que se sacrificó por el bienestar de sus conciudadanos para ver si podía devolverles la tranquilidad. Si le movió sólo el deseo de adquirir celebridad, era un necio, un vanidoso estúpido. Si se precipitó al abismo en un acto irreflexivo, de locura, fué un suicida inconsciente.

Lo que hace más dudoso el valor del documento histórico

He aquí pues un mismo acto en el que no sabemos la intención del causante, pero lo podemos interpretar de distintos modos y con ello juzgarlo diversamente. Son, pues, nuestras interpretaciones, es el pensamiento del propio historiador, el que da la significación a unos actos, el que le atribuye una intención que eleva y enaltece

c rebaja y denigra a los personajes según la propia concepción personal. Ciertamente que hay documentos que están escritos por los propios personajes actores y es de suponer que revelan la intención de sus actos. Es un género literario ahora también de moda: las Memorias. Pero, ¿podemos creer que las memorias reflejan con sinceridad el pensamiento de sus autores? En realidad cada libro de esta clase no constituye más que una autodefensa del personaje, en el que tendrá mucho cuidado en hacer desaparecer todo lo que puede rebajarle y en hacer resaltar cuanto pueda enaltecerle. Se dirá que no todas las Memorias son amañadas o ficticias, sino que hay otras tan sinceras, que hasta resultan cínicas y desvergonzadas. Tampoco inspiran confianza, porque hay muchas maneras de buscar la celebridad, y hay quien no pudiendo encontrarla por el camino de una notoriedad noble y leal, la busca por este camino del escándalo y de la desvergüenza. Con razón decía Proust que no se pueden fotografiar las almas y por tanto no podemos saber la intención de los hombres y no sabiendo el móvil que mueve los actos, cada uno los juzgara según su criterio personal, según le parezca. Por esto, cuando se trata de actos políticos, los documentos que los explican nos expresan las opiniones más contradictorias; los que son adictos o afines a estas ideas políticas, las alaban con ditirambos y se muestran entusiasmados; los otros, los contrarios, las denigran. Los documentos que se escriben cerca del soberano son aduladores, no son sinceros; tampoco lo son los que se escriben en el exilio, porque están dictados por el rencor, por el despecho, movidos por la calumnia, por el afán del descrédito.

Hay casi siempre pasión y ofuscación en los documentos que pasarán a la Historia y se dice, con cierta razón, que la ofuscación y la mentira son los mentores de la Historia. No en balde se habla del fraude histórico, que es esto, la intención deliberada de ocultar o desfigurar la verdad. Luego hay también el *parti pris*, la superchería. Cuanto más se avanza en el tiempo, menos confianza nos han de inspirar para su interpretación los documentos, porque con el transcurso de los años la Historia se pone al servicio de la política y la política acumula, valiéndose de la historia, sus errores; por consiguiente se pierde mayor confianza en la verdad histórica.

Historia del  
pensamiento

Hay una parte destacada de la Historia, la historia del pensamiento. ¿Vamos a poner en duda que las obras que nos han venido de civilizaciones antiguas, la caldea, babilónica, de Egipto, la antigua China, etc., que las obras de Platón, Aristóteles, Sócrates, Santo Tomás, etc. no forman una historia del pensamiento con valor documental auténtico para saber de la vida de los pueblos antiguos? Pues también tengo mis dudas. Tengo mis dudas porque de estas obras difícilmente se conservan sus originales, han sido

objeto de ediciones sucesivas y de traducciones. Cualquiera puede observar en tan distintas ediciones y versiones unas contradicciones fantásticas, enormes. ¿Cuál de las ediciones o versiones nos ha de inspirar confianza? Con razón un filólogo decía no ha mucho que había observado que en la transcripción moderna de la "Oresteia" no había ni un solo vocablo, ni una sola palabra que correspondiese a las que había empleado Aeschylus en su edición original.

Además, ¿sabemos cómo los autores escribieron sus obras? ¿Reflejan realmente su verdadero pensamiento? En todo tiempo ha habido libros mercenarios, libros que se escriben para que digan exactamente lo que se quiere que digan; hay otros que fueron escritos en un momento de mal humor del autor y son como un desplante; también otros en que ni el autor es conocido siquiera, porque salen con otro nombre. Recuerdo que, debió ser a principios del año 1927, en Inglaterra se inició una polémica interesantísima. Se discutía la existencia real de Shakespeare y muy documentadamente se decía que Shakespeare era un modesto zapatero de portal que no sabía escribir ni una epístola. El que pasa por Shakespeare era, según tal opinión, el propio Bacon, el filósofo, que como en aquel tiempo no estaba bien visto que se escribiese para el teatro, puso el nombre de Shakespeare, a las obras que todos conocemos y admiramos.

¿Qué garantías tiene, pues, esta cuestión de la interpretación de los documentos, si ni siquiera en la historia del pensamiento podemos tener fe y cuando nos adentramos en ese laberinto de la historia del pensamiento no sabemos por dónde ni cómo podremos salir?

Evidentemente existen aún muchas áreas en el campo de la tradición que no han sido exploradas todavía. Hay infinidad de hechos que debieron ser trascendentales y no han llegado a nosotros, los desconocemos totalmente, porque pasaron sin dejar huella. Hay en la vida de los pueblos momentos oscuros que nos pasan inadvertidos, que significan, sin embargo, mucho más que otros períodos fértiles y brillantes en hechos espectaculares. Con todo esto bien podemos decir que hay que poner un poco en duda lo de que la Historia sea un antecedente y que la Historia sea una experiencia. Lo cual tal vez explica el porqué de una tendencia a negar el valor de la Historia. Ya Renan habrá dicho que llegará un momento en que las generaciones se interesarán muy poco por el pasado, puesto que para nada les sirve. Paul Valéry afirma que la Historia justifica lo que se quiere y nada enseña y en otro pasaje habla de que las falsas analogías a que se presta la Historia desconciertan y desvían hasta las inteligencias mejor preparadas. El filósofo italiano Benedetto Croce se opone a que se atribuya un

fin a la Historia y clasifica en el terreno de las utopías los fines que distintos historiadores quieren asignar a la ciencia histórica.

Para situar  
la Historia en  
una categoría  
del saber

He aquí pues una serie de reservas y prevenciones que están en contradicción con la importancia que se da actualmente a la Historia y a los historiadores. Sin embargo, sirven para explicarnos dos cosas. Nos ilustran el porqué de esa polémica, hoy tan encendida y apasionada y hasta de tono de alboroto, que arman los historiadores, esforzándose por ver de dar un carácter a la Historia y designarle una categoría en las ramas del saber humano. Este es un problema. Otro problema, que nos explica también el apasionamiento con que se discuten los problemas relacionados con la Historia es que, con ámbito internacional, se está procediendo a una revisión a fondo de los libros de texto que se usan en todos los países del mundo en materia histórica para depurarlos de sus errores, para ver si pueden llenar realmente una necesidad auténticamente educativa.

En lo primero nos hemos de formular esta pregunta: ¿Qué significación tiene la Historia? ¿Es inteligible? ¿Podemos conformarnos con la Historia meramente descriptiva, o la Historia ha de ser analítica, que quiere decir interpretativa de los hechos, de los actos y la conducta de los hombres? En realidad no creo que la cuestión sea, en el fondo, muy trascendental, porque la verdad es que la Historia, la auténtica, la verdadera, no nos la enseñan ni nos la enseñarán jamás los libros por voluminosos y documentados que sean, porque la verdadera Historia es la que han hecho millones y millones de seres, la que hicieron nuestros antepasados, hacemos ahora y millones de seres la harán mañana. De todos estos seres y de su vida sabemos muy poco, porque escapan a cualquier esfuerzo de comprensión. Solamente la Historia tendrá razón de ser y su estudio un lógico fundamento, si pudiese aprehender y pudiese recoger toda la evolución de la filosofía del hombre y la psicología de los pueblos, el análisis psicológico de los impulsos y movimientos de las masas.

Hasta fines del siglo XIX, la Historia fué simplemente narrativa, descriptiva y comparativa. Su lectura y conocimiento nos entretenían. A partir de aquella fecha, comenzó a hablarse ya de la Ciencia histórica; la Historia se hizo subjetiva y el método histórico consistía en la crítica de los textos. Hoy se habla de un concepto nuevo. Se trata de que la Historia ha de ser una ciencia teórica y suena la denominación de Ciencia histórico-teórica probabilística.

Pero, para que la ciencia sea teórica ha de ser creadora de ideas y además ha de afirmar esta naturaleza posibilista. Esta concepción de la Historia tampoco es nueva, había sido presentada

ya por Cournot, aunque éste se quedó solamente en los umbrales, no llegó a penetrar en el desarrollo de esta interpretación de la Historia. Quizás se pueda afirmar que fué Vendryes el primero que expuso sistemáticamente un conjunto de ideas que sirviesen como de clave para la interpretación de los hechos. Es la descomposición espectral que hizo Vendryes del razonamiento probabilista lo que da fundamento a esta escuela, que afirma que la teoría de las probabilidades entra en la Historia y es parte de ella. Según esta tendencia, los fundamentos de racionalidad de la historia serían éstos: Una suma estadística de acontecimientos o sucesos independientes; el estudio de las influencias naturales, por ejemplo, el territorio, clima, etc. y las influencias humanas, las religiones, la política, que pueden modificar o influir sobre estos acontecimientos; por último la voluntad de organización.

El hecho histórico se produce en un lugar y en un tiempo. Aquella teoría no concede gran importancia a las cuestiones de lugar y cree que no suscitan muchos problemas; pero nos da una noción diferente del tiempo. Todos conocemos el tiempo racional, el tiempo lógico, continuo, lineal, es el tiempo que medimos por segundos, minutos, horas, días, semanas, etc., etc. Este tiempo tiene una estructura; el hombre con su razonamiento se la ha dado mirando los hechos naturales y con arreglo a este tiempo estructural, se suceden el movimiento de los astros, el cambio de las estaciones. Pero éste no es el tiempo que conviene a la ciencia histórica, porque en la historia el tiempo no es continuo, la historia es un conjunto de momentos discontinuos. La Historia se puede considerar, según esa teoría, como un gran marco en el cual el historiador va situando los hechos a medida que los descubre o a medida que se producen. Es un marco abstracto, de dimensiones ilimitadas, en las que es el pensamiento del hombre el que sitúa los hechos y da la forma misma de la sucesión. Cuando a la Historia se le quiere aplicar del tiempo lineal, continuo y racional, lo que se hace en verdad es enmascarar lo que la Historia tiene de aleatoria.

Historia  
estructural  
o Historia  
conjuntural

Hay dos maneras de hacer la Historia como hay dos maneras de hacer la Estadística. Se hace la estadística reuniendo datos, componiendo las series. Hacemos entonces una estadística estructural; pero hay una estadística más honda, de mayor alcance. No se conforma con reunir los datos, con agrupar las cifras, con *estructurarlas*; sino que las sitúa dentro del medio en que se producen, en lo que rodea y envuelve los fenómenos: en el ambiente. Así penetra en las causas que habrán determinado aquellas cifras, las influencias que han podido sufrir, las variantes que presentan y el alcance de su resultado. También hay una Historia

que únicamente clasifica y registra los hechos, como la estadística registra y clasifica cifras, es la historia *estructural*. Pero la Historia ha de ser algo más que esto. No puede ser la historia simplemente estructural, ha de ser más como aquella estadística, *conjuntural*. La estadística auténtica es la de la conyuntura, la que estudia el conjunto de circunstancias que influyen en los hechos, y determinan sus variantes, no simplemente la que los registra y deja a la mente de quien quiera después considerarlos el sacar las consecuencias. La verdadera Historia ha de situar los hechos, los acontecimientos, las acciones y las reacciones en el medio real y vivido que tuvieron lugar, ha de ambientarlas. Ha de estudiar y considerar principalmente la influencia que han podido tener las corrientes ideológicas, o grandes movimientos del pensamiento, las instituciones, las excitaciones psicológicas y políticas; es decir, la Historia no ha de ser una mera estructura. La Historia para llenar su misión ha de buscar, como decía antes, en lo hondo de los hechos sociales en esas corrientes subterráneas impetuosas, para destacar el impulso vital e irresistible que arrastra y modifica las estructuras, las necesidades, las costumbres y hasta los deseos y aspiraciones de los hombres.

El proceso  
de revisión  
de textos  
de Historia

En cuanto al segundo punto, el de la revisión de los textos, se inició en el año 1920, en Suecia, Noruega y Dinamarca simultáneamente. Esos tres países constituyeron una comisión conjunta a la que dieron el encargo de que estudiase y revisase a fondo, "purificando" los libros de texto. La Comisión descubrió en los textos que se daban en las escuelas y centros de enseñanza de distintas categorías, errores enormes, inconcebibles; además declaró que aquellos textos de enseñanza histórica, no podían contribuir a una labor de formación realmente educativa.

Cuando en 1946 se constituyó la UNESCO para sus fines de educación, ciencia y cultura, en seguida, en el mismo año, en una conferencia celebrada en París, abordó este tema de la revisión de los libros de texto, aprobando un programa de nueve puntos. Pocos años más tarde, si no recuerdo mal, en el 1949, circulaba un cuestionario por todos los países adheridos para que se procediese con arreglo a unas normas a la revisión de aquellos libros de texto. Además, proyectaba constituir una especie de comisión central de información técnica, con su oficina y hasta la constitución de un seminario de investigaciones.

Ante estos hechos nos preguntamos: ¿Por qué la UNESCO y antes aquellos países bálticos, tuvieron esa preocupación de depuración de los libros históricos de texto? No voy a razonar por cuenta propia. Voy a recordar únicamente lo que se dice en los propios documentos de la UNESCO, en las publicaciones que so-

bre el particular he tenido ocasión de leer. La UNESCO reprocha a los libros de texto de todos los países que están hechos o inspirados en un sentido exageradamente nacionalista. Se exalta todo lo propio y se hace silencio o se denigra lo ajeno. Cuando ha habido guerras, el causante ha sido siempre el enemigo. Si se trata de conquista y es un conquistador nacional, se le considera un heraldo de la civilización, portaestandarte de la cultura, un liberador de aquellos pueblos en su atraso. Si se trata de invasores del territorio propio, entonces se les califica de bárbaros, salteadores, que llegan sólo para el saqueo y para el pillaje. Se exalta los héroes nacionales, se hace caso omiso de los extranjeros. Se describen con minuciosidad batallas y acontecimientos políticos — decía el texto de la UNESCO — que sólo sirven para separar y divorciar a los pueblos y se da poca importancia a las manifestaciones culturales y a las artísticas; pero cuando se trata de estas manifestaciones también entonces se cuida de destacar el papel principalísimo que el país ha tenido en estas corrientes de la cultura, como el que mayores aportaciones hizo a la civilización. En esto podíamos decir que el arquetipo de este tipo de autores lo dan los historiadores rusos actuales. Ustedes habrán advertido que, según ellos, no ha habido invento en el mundo, no ha habido una idea provechosa, ni un avance positivo en cualquier orden de la vida que no tenga un origen ruso. Siempre fué un ruso el primero que concibió aquéllo, fué un ruso el primero que lo hizo. De esta manera la historia se falsea; pero, además — según se expresa en las publicaciones de la UNESCO —, se incurre en unas generalizaciones precipitadas y absurdas; los libros de texto de historia están llenas de tópicos estereotipados; por ejemplo: todos conocemos la frase de “La pérfida Albión”. Esto quiere decir que los ingleses son pérfidos. De los franceses se dice que son inmorales; los españoles somos atrasados e inquisitoriales; los germanos militaristas, belicistas; los italianos perezosos; los norteamericanos ricos, pero incultos; los chinos herméticos y crueles, etc. etc. Todos estos tópicos, contribuyen a formar en la mente de los que estudian la Historia un concepto totalmente equivocado sobre los pueblos y además les suscitan un estado de prevención contra ellos. ¿Se pueden considerar que son fundamentos lógicos para una Historia de sentido, de amplitud y de ambición universal, si más bien contribuyen al divorcio y a la separación?

La posición actual del problema de la significación de la Historia es por demás confuso, pues aparecen distintas tendencias sobre cómo ha de ser. Hay los historiadores que se llaman a sí mismos, puros; son los que siguen aferrados a dar importancia al hecho, se interesan sólo por la cosa misma y se le llama ahora el

Barullo a causa de las diversas escuelas históricas

“irracionalismo”. Vienen luego los historiadores descriptivos, es decir los que se sumergen en la fluencia histórica; por así decir, se dejan llevar por la corriente, no se preocupan más. Existe el grupo de los historiadores educadores, que dan una importancia relativa a la verdad histórica; lo esencial es considerar que la historia es un instrumento que ha de adaptarse a la psicología del escolar, a sus necesidades e intereses. En este aspecto el Gobierno español actual ha tenido un gran sentido de realidad. No deja al cuidado de la Historia que sea la que forme el espíritu nacional, sino que ha instituido en los centros de enseñanza unas disciplinas especiales de formación del espíritu nacional, de formación política y piensa que la Historia ha de ser auténtica. Una prueba de ello está en un detalle. Ustedes han podido leer estos días que se ha firmado un pacto cultural con la Alemania Occidental y en una de las cláusulas se dice que se procurará obrar de común acuerdo para la revisión escrupulosa de los textos históricos en libros, en publicaciones, para que se atengan a la verdad histórica.

Aparece también la Historia estructural a que me refería antes. De ella, el padre Roig Gironella, en un artículo del “Correo Catalán” del domingo, decía muy exactamente que no es más que el armazón. Yo no concibo que se pueda hablar de una Historia estructural, como está de moda en el mundo filosófico de hoy, porque la Historia no hace estructuras, ni es importante que haga la descripción de las estructuras, porque las estructuras son pasajeras y lo que importa es estudiar y conocer la evolución de cada una de estas estructuras, que no han de estudiarse de manera estática, sino considerar de manera dinámica. Por esto dije anteriormente que no es historia estructural, es historia conjuntural, historia de conyuntura.

Hay una nueva tendencia, la que trata de aproximar la Historia a las ciencias físicas, a las matemáticas y a la psicología. Está representada por Butterfield, Collingwood, Marc Block, etc. Este último es el que dijo que en historia las pruebas no documentales tienen mucho más valor que los documentos y criticaba severamente lo que llamaba el fetichismo de los hechos singulares y la idolatría de los orígenes. Esta teoría a que me refiero es la que lleva el cálculo de probabilidades a la Historia. Según esta teoría, de la misma manera que opera el estadístico, ha de operar el historiador: Esto es: reúne los datos; saca el promedio, el simplemente aritmético o el geométrico; calcula las ponderadas; practica las interpolaciones; en una palabra, aplica el cálculo matemático estadístico a la Historia. Es ésta una manifestación de la opinión hoy tan extendida que parece creerse que todo el pensamiento humano gira alrededor de las matemáticas, y se nos ex-

plica la Economía con matemáticas, la Biología con matemáticas, la Filosofía con matemáticas y hasta el Derecho con matemáticas; de modo que la matemática va a ser la ciencia fundamental.

Finalmente vuelve sobre el tapete el valor de la Filosofía de la historia. La Filosofía de la historia había sido discutida por Maquiavelo, por Shopenhauer y por Hartman. En cambio Hegel le daba una gran importancia, le atribuía un sentido finalista, inmanente, trascendental. Esta última es la tendencia que hoy priva entre los cultivadores modernos de la Historia, la de dar máxima importancia a la filosofía de la historia. Yo creo sin embargo que la Filosofía de la historia significa muy poco si no explica la evolución sociológica de los cambios de cultura, es decir, las determinantes de los cambios de cultura. Ya Julián Marías, desde esta misma tribuna y no hace muchos días, había hablado de que vida histórica y vida social son dos dimensiones en complicación recíproca, pero él decía: que Historia y Sociología consideran la misma realidad en perspectivas diferentes. Yo creo que no, que han de estar tan íntimamente compenetradas que la Historia no sea más que una explicación sociológica de los hechos y sobre todo en su significación cultural, y por tanto que todos los sistemas sociológicos se han de incorporar definitivamente a la Historia.

Termino. Cuando el pensamiento humano quiere penetrar en el análisis de los hechos pretéritos, busca su significado y alcance para describir los delicados fenómenos de las acciones humanas, entonces lo hace siempre el hombre desde un punto de vista puramente personalísimo. La individualidad de los historiadores — los originales, se entiende — se manifiesta en los conceptos y hasta en la elección de las palabras, pues usan su propio lenguaje de la misma manera que cada pintor pinta con los colores de su paleta. Por esto nos encontramos ante la realidad de que cuanto toca a la significación de la Historia, en cuanto al carácter que ésta ha de tener y el valor atribuible a la verdad histórica, existe una variedad tan grande de opiniones que nos hacen llegar a esta conclusión: Cuando sobre una cosa hay muchas opiniones que no logran ponerse de acuerdo, hemos de pensar que no se sabe realmente qué es, ni lo que debe ser. Y ésta es la situación de la Historia ahora.

De la misma manera que he dicho que los hombres y sus acciones están aprisionados por una espesa envoltura que impide presentar los fenómenos sociales en su pureza y despejar las situaciones, así ocurre con muchos problemas que son difíciles de extraer de su envoltorio, de la influencia social. En la contextura histórica hay, de este modo, unas fuerzas de resistencia, que actúan como freno, lo cual representa unos límites de potencia instru-

mental o de utillaje, por así decir, en cuanto a las posibilidades de hacer la verdad histórica, para conocer con exactitud los hechos y juzgarlos con conocimiento de causa e imparcialidad, puesto que aquellas circunstancias dificultan que se puedan ver con claridad un gran número de importantes acontecimientos, y movimientos sociales, descubrir sus móviles y sus reacciones ideológicas. Por esto hay que distinguir en la ciencia de la Historia entre lo que tiene de sugestivo y hasta fascinador estudio y lo que pueda ser intrínsecamente una racional y progresiva inteligencia de los asuntos humanos, pues éstos son hechos psicológicos y en cuanto se les hace hechos históricos admiten interpretaciones diferentes.

Yo creo que con lo antedicho están justificadas las dudas que, con la brevedad de un mero apunte, he querido exponer a ustedes sobre el valor que hay que dar a la Historia en el momento presente de conyuntura intelectual. (Aplausos).

Señor Ministro. — Queda inaugurado el curso 1954-1955 del Ateneo Barcelonés. (Aplausos).



MINISTERIO  
DE CULTURA





MINISTERIO  
DE CULTURA

